

Entrevista al docente Gigson Useche González

Juan Carlos Pacheco Giraldo

Juan Carlos Pacheco (JCP): Muchas gracias profesor Gigson por este tiempo y para mí es un honor poder conversar con usted, ya que es un pionero y continuador de la idea de ser maestro. ¿Podría usted contarme un poco de su historia?

Gigson Useche (GU): Nací en Cali, Valle del Cauca, en el año de 1955, cuando estaba en pleno furor la época de la violencia partidista y empezaba la mal llamada dictadura del General Rojas Pinilla, impulsada por la oligarquía colombiana.

Terminada la primaria, ingresé al colegio público de Santa Librada, en donde solo cursé y aprobé un año de bachillerato académico, dado que mis padres se trasladaron a Popayán, tratando de que esquivara las permanentes pedreas y huelgas que allí se presentaban. En esa ciudad empecé a estudiar bachillerato en el Instituto Técnico Industrial en la modalidad de mecánica industrial.

Por supuesto, en Popayán también se daban las huelgas, los paros, las pedreas. El movimiento estudiantil, trabajador, campesino e indígena estaba más desarrollado, organizado y su influencia política era bastante notoria.

Cuando terminé el quinto de bachillerato (hoy grado décimo), me gradué a los 17 años de Experto en mecánica industrial y nuevamente me trasladé a Cali (pero ya sólo), para estudiar en el Instituto Técnico Antonio José Camacho y continuar de noche los dos años que me faltaban. Allí recibí el título de Técnico en Mecánica Industrial. En esa época trabajaba de día, primero en talleres de mecánica y después en la Fábrica de bicicletas Monark.

Terminado este ciclo y aun trabajando como mecánico de mantenimiento en Monark, me presenté y pasé a la carrera de Ingeniería Mecánica en la Universidad Autónoma de Occidente,

en donde cursé varios semestres, pero no me gradué. Esto fue porque habíamos organizado una huelga indefinida desde el sindicato de trabajadores de Monark, y como no hubo arreglo posible con la empresa y sus directivos, ellos se declararon en quiebra, la cerraron y nos echaron a todos.

Corría ya el año de 1975 y decidí entonces emigrar hacia Venezuela, donde el boom era el Bolívar y los mecánicos colombianos eran muy solicitados. El lema era trabajar, ahorrar y luego regresar para montar un negocio propio.

Ante las permanentes deportaciones y detenciones como indocumentado, regresé a Popayán. Al cabo de unos meses me encontré con un amigo con el cual había trabajado en Monark y me invitó para que nos fuéramos al Ecuador, que él tenía allá unos conocidos que nos podían dar trabajo como soldadores o mecánicos, con el mismo lema: trabajar, ahorrar y regresar para montar un negocio propio y dejar de ser alquilados algún día.

Hacia el año de 1976, estuvimos trabajando inicialmente en Quito, luego viajamos a Guayaquil y posteriormente a Esmeraldas, para seguir la ruta al Perú, donde según mi amigo conseguiríamos el barco que nos llevaría a trabajar a Australia que empezaba su proceso de desarrollo industrial y económico.

JCP: ¿Pero usted se fue hasta allá?

No seguí más esa odisea o aventura. Decidí regresar nuevamente a Colombia para ver si terminaba la ingeniería, pues solamente me faltaba el trabajo de grado. Luego de muchos años viajando, trabajando y conociendo algo de Latinoamérica, pasé la navidad con mi familia en Popayán.

Como había pertenecido a la escuela sindical en Cali y había participado y orientado varios cursos, se presentó la oportunidad de volver a trabajar en este campo, pero ya en Popayán. Hacia 1977 empecé con cursos nocturnos para trabajadores de esta ciudad. Entre los que recuerdo fueron los de “Historia sindical en Colombia”, “Economía Política” y el “Papel del trabajo en la transformación del hombre”.

Ese año fue de gran actividad, puesto que se presentaron varios paros cívicos en el Cauca con gran participación de trabajadores, campesinos e indígenas, con un gran apoyo, respaldo y solidaridad del movimiento estudiantil caucano.

Así mismo se dio el gran paro cívico nacional del 14 de septiembre de 1977, con participación masiva, desfiles, marchas y combates en las calles con la policía y el ejército, sobre todo en Bogotá, en donde duró tres días el paro.

Dado el gran auge de los movimientos sociales en el Cauca y todo el país, se establecieron relaciones con la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC) y con el Consejo Regional Indígena del Cauca (CRIC), quienes expresaban en el Cauca lo que estaba pasando en Colombia.

JCP: ¿Entonces se puso a trabajar en el Cauca?

GU: Sí, me vinculé a trabajar con los campesinos e indígenas del Cauca, enseñando algo de la Historia, la Política y la Economía colombianas. También aprendí mucho sobre la identidad, la diversidad cultural, étnica, lingüística, pero

sobre todo respecto de la recuperación de la memoria, del territorio, de la autoridad, de la economía y de la educación propia. Fueron cerca de 10 años de irs y venires, dedicados a esta labor, los cuales me dejaron una gran enseñanza, al igual que una fuerte formación política y social.

Ya en 1983 tras los graves hechos de persecución y represión hacia los movimientos sociales en el Cauca y en general en todo el país, y ante la imposibilidad de seguir trabajando con las comunidades, abandoné sus territorios y me radicué definitivamente en Popayán, en donde contraí matrimonio, donde formé un hogar. Allí volví a estudiar.

En 1984 ingresé a la Universidad del Cauca, a la Facultad de Educación a estudiar la Licenciatura en Educación con énfasis en Ciencias Sociales, teniendo clara ya la necesidad de sistematizar la experiencia vivida con las comunidades y adquirir unas herramientas investigativas que me permitieran hacerlo.

Seguí vinculado con las comunidades, pero ya no directamente en sus territorios. Así, terminé la licenciatura y logré graduarme en 1988 con un estudio socio económico de las comunidades negras del Estrecho Patía. La situación seguía candente en Popayán. Lo mejor era abandonar la ciudad, buscar otras posibilidades o perspectivas que me permitieran continuar con mi proyecto de vida.

Tan pronto me gradué, viajé con mi familia, (ya tenía un hijo), a la ciudad de Cartago donde solo viví seis meses. Estando de regreso en Popayán, donde iba a pasar la navidad de 1988, me encontré con otro amigo de lucha en las comunidades, quien se había radicado en Bogotá. Él me hizo la invitación para que me trasladara y me ofreció vivienda mientras conseguía trabajo.

JCP: ¿Se venía un cambio radical en su vida?

GU: Así fue. Entonces dejé mi familia organizada en Cartago y en enero de 1989 me trasladé a Bogotá. Empecé a trabajar con una fundación en algunos barrios del sur-oriente bogotano tales como Guacamayas, Meissen, Veinte de Julio, México y otros. Un padre jesuita dirigía la fundación y adelantábamos trabajos de alfabetización para adultos, campañas de prevención de la drogadicción. Además, se editaba un periódico que se llamaba “El Buen Vecino”, desde el cual pretendíamos educar a la comunidad y movilizarla en torno a la solución de las problemáticas que ella presentaba.

Estando en este trabajo, se me presentó la oportunidad en junio de 1989, de iniciar una maestría en Educación que ofrecía la Universidad de la Sabana, la cual en ese entonces quedaba cerca de la Avenida Chile y de la Universidad Pedagógica.

Presenté las pruebas y pasé. Conseguí un préstamo con el ICETEX, me matriculé y empecé a estudiar. Por supuesto tuve muchos inconvenientes y contradicciones por la orientación religiosa de la universidad.

Sin embargo, logré graduarme como uno de los 40 primeros “Magister en Educación con énfasis en supervisión y evaluación curricular”, en agosto de 1991. Mi trabajo de grado trataba sobre la capacitación docente en el tema de la Promoción Automática en colegios de Bogotá.

JCP: Pero usted se vinculó a la Universidad Pedagógica...

GU: Venga leuento. Estando estudiando la maestría, conocí a un Profesor de la Universidad Pedagógica Nacional, Luis Alfonzo Garzón, quien tenía una amiga que trabaja con una de las compañeras de la maestría en el colegio distrital Andrés Bello, cerquita a la sede de la Sabana y con quien íbamos a almorcizar. Fueron muchas las tertulias y discusiones sobre la educación, la política, la pedagogía y muchos otros temas que se dieron en estos encuentros del medio día.

Fue precisamente en uno de esos almuerzos cuando el Profesor Luis Alfonso me hizo la invitación para que me presentara a la Universidad Pedagógica Nacional, pues estaban necesitando un catedrático en el Programa de Educación Física. Ante lo cual le respondí que todavía no me había graduado ni sabía nada de Educación Física.

Pero atendí su invitación y me presenté a la entrevista con la Profesora Judith de Palacio quien dirigía la Práctica Pedagógica por aquellas calendas. Le comenté sobre mi experiencia con las comunidades indígenas, campesinas, afrocolombianas y los trabajos de organización social y política.

Así nuevamente cambió radicalmente mi vida. Comencé a trabajar en la Universidad Pedagógica Nacional en agosto de

1991 como catedrático con seis horas, en el Programa de Educación Física orientando los seminarios de Educación y Cultura, así como el de Educación y Sociedad.

Apenas llevaba dos semanas de estrenarme como docente universitario de cátedra, cuando la profesora Judith me ofreció un tiempo completo ocasional, el cual le acepté porque incluía asesorías investigativas para los trabajos de grado de la Licenciatura en Educación Física.

Este nuevo reto me llevó a estudiar intensamente Educación Física, a vincularme con los grupos de estudio que tenían los docentes del programa como Efraín Serna, a integrarme a los seminarios que orientaba el Profesor Felipe Prieto, dentro de los cuales se empezó a plantear un enfoque social, cultural y político que según nuestro parecer necesitaba la Educación Física, la cual había estado postrada por muchos años en el biologismo, la salud, la motricidad, el deporte, el sudor y el dolor. Fueron seis años de inmenso trabajo.

Estos estudios, discusiones y debates llevaron a que la Universidad Pedagógica organizara por primera vez en Bogotá y en el país una Especialización en Educación Física, Recreación y Deporte, de la cual tuve la oportunidad de ser docente.

Así mismo, se generó la oportunidad de crear tres programas diferentes, puesto que se había hecho claridad sobre las diferencias de cada una de las disciplinas y sus objetos de estudio. Y es que el Ministerio de Educación Nacional había dado plazo hasta el año 2000 para reestructurar las licenciaturas en educación. Para decirlo de otra manera, en ese año todas las universidades que ofrecieran licenciaturas debían haberlas reformado, haber obtenido la respectiva acreditación, para así poder seguir funcionado.

En esos años también fue muy fructífero el trabajo de los proyectos de grado con los estudiantes. Allí se realizaron

propuestas de vivencias, experiencias y prácticas corporales, juegos trádicos en tierra, agua, aire, fuego, vacío, o el proyecto de la rueda, los cuales proporcionaron los fundamentos prácticos y teóricos para crear un programa diferente de Educación Física. Estos serían insumos importantes para la creación en 1997 del programa de Educación Física de la Universidad Libre de Bogotá.

JCP: Cuénteme por favor entonces cómo fue su vinculación con la Universidad Libre.

GU: En 1996 con motivo del ofrecimiento de programas de profesionalización para docentes en ejercicio que no fueran licenciados, el Dr. Fernando Dejanón, a quien conocimos como vicerrector académico de la Universidad Pedagógica, nos llamó al Profesor Luis Alfonso y a mí, para que organizáramos, a nombre de la Universidad Libre, un programa en Educación Física, el cual se diseñó y presentó ante el MEN. En ese momento no lo aprobaron por no tener la Libre la respectiva Licenciatura en su Facultad de Educación.

Sin embargo, el Doctor Dejanón como Rector Nacional de la Universidad Libre nos volvió a llamar para diseñar, organizar e implementar la Licenciatura en Educación Física, llamado que atendimos, presentando el documento pertinente a finales de 1996. Quiero señalarlo: se buscaba crear un programa diferente al que tenía la Pedagógica y las demás universidades, un programa que nos permitiera no solo iniciar y permanecer, sino también dejar huella.

Iniciando 1997, me encontraba en Popayán, como siempre disfrutando de los tradicionales juegos de blancos y negros, de las fiestas de Pubenza, cuando recibí la llamada del Dr. Dejanón: “lo necesito urgentemente aquí en Bogotá, pues el MEN aprobó la Licenciatura y hay que abrir inscripciones y matrículas de estudiantes para empezar el semestre”.

Me desplacé a Bogotá y así se hizo. Fui el primer director del programa con contrato a término fijo. Se convocaron a los docentes que habían trabajado con nosotros, que habían estado en las discusiones y debates, así como en las asesorías de los proyectos mencionados anteriormente. Estaban entre ellos Rafael Morales, Clara Peña, Héctor Murillo, Héctor García, Inírida Morales, Yenny Acevedo y María Cristina Martínez. También convoqué a los estudiantes que habíamos formado y que ya estaban graduados: Luis Ospina, Miguel Alomía, Juan Carlos Osorio, Édgar Acosta y Arnulfo Torres, entre otros.

En el año 2000, el Ministerio de Educación exigió la acreditación del programa. Por lo tanto, al igual que los otros programas que funcionaban en la Facultad de Educación de la Universidad Libre, se realizó el respectivo diseño curricular desde un enfoque problemático.

En este año, siendo yo todavía director del programa, se obtuvo la acreditación obligatoria del programa, el cual se denominó “Licenciatura en Educación Básica con énfasis en Educación Física, Recreación y Deporte”.

Para el segundo semestre del 2000 terminé la dirección del programa y fui reemplazado por el Licenciado Pedro Nel González. En ese momento pasé a ser docente catedrático.

En el año 2004, en la administración de la Decana Doctora María Teresa López fui desvinculado del programa y de la universidad por un proceso disciplinario que no encontró ninguna evidencia. Finalizando ese año, durante el encargo de la decanatura de la Dra. Miryam Morales, fui reintegrado como docente catedrático con cuatro semanas de clase para la electiva Historia del Arte y para el 2005 como catedrático de 10 horas.

En el año 2007, durante la dirección del Programa por parte del Licenciado Pedro Nel González me presenté con 40 docentes más, al concurso de media jornada como docente investigador en el campo de la Etnografía, siendo seleccionado y declarado como el ganador.

A partir de ahí y hasta el 2014, formé parte del grupo de investigación Humanismo, Sociedad y Educación Física, en la Línea investigativa de “Etnoeducación: un espacio para repensar la Educación Física”. Allí desarrolle dos proyectos: “La Etnomotricidad de los afrocolombianos en la Localidad de Engativá, Bogotá D. C.” y “Cuerpo, territorio y familia de los Afrocolombianos residentes en Bogotá D. C.”, con los cuales he participado en congresos nacionales e internacionales a través de ponencias, artículos producto del trabajo investigativo y la publicación por parte de la Editorial Academia Española (Madrid).

Así mismo durante este tiempo, se conformó el semillero de Etnoeducación, asesorando trabajos de grado en el campo de la Etnoliteratura y la Etnomotricidad, con participación de estudiantes del programa de lenguas y humanidades, así como de Educación Física.

A partir del año 2015 durante la decanatura del Dr. Rafael Rodríguez fui desvinculado del grupo de investigación y pasé a ser docente de media jornada hasta la actualidad, desarrollando ahora el Proyecto “Educación, memoria y olvido, una oportunidad para socializarte”, realizado en conjunto con la Secretaría de Educación de Bogotá, con la cual he participado en docencia, Diplomados, proyectos de investigación, redes de investigación y publicaciones, todo esto a través del Instituto de Investigación y Pedagogía (IDEP).

Actualmente, también formo parte del grupo de docentes con quienes estoy elaborando la propuesta del Proyecto Educativo Pedagógico de la “Licenciatura en Ciencias Sociales”, con fines de obtener su registro calificado y abrir un nuevo espacio en la Facultad de Educación, con un proyecto curricular diferente a los que se ofrecen en otras universidades en el campo de educación en Ciencias Sociales.

Finalmente, espero haberle aportado a la educación durante esta trayectoria de vida no tanto como docente, sino como un ser social, cultural y político, que nos permita entender y comprender que seguimos teniendo una gran deuda histórica con la construcción de una humanidad diferente.

JCP: Profesor Gigson, muchas gracias por esta entrevista. Sé que muchos detalles que tratamos no quedaron en la versión escrita, pero lo que me queda clara es su vocación humanista como docente no solo en educación física, sino también en las ciencias sociales y en la educación básica.

GU: Gracias a usted.